

GARRABOU, RAMÓN: *Sombras del progreso. Las huellas de la historia agraria*, edic. de Ricardo Robledo, Barcelona, Crítica, 2010, 504 pp.

Ramón Garrabou ha sido, y continúa siéndolo, una figura esencial para la historia agraria española, una parcela de estudio que, en gran medida gracias a su fecunda labor, vive un tiempo de gran florecimiento, como testimonia la misma revista *Historia Agraria*, una de las mejor valoradas dentro de la publicística histórica española. Y es justamente para poner mejor de relieve su papel de constante animador de nuevas vías de estudio, de cooperador y compañero, más que de director, de la labor investigadora de otros estudiosos, por lo que se ha preparado esta obra colectiva, a cargo de Ricardo Robledo tomando como pie la reciente jubilación del profesor.

Es notable la introducción de Robledo a este volumen, hecha desde una conciencia muy clara de la desaparición del mundo campesino, achacable en parte al lado sombrío del progreso, pero cuyos vestigios, cuyas *huellas*, tan certera y flexiblemente estudiadas por Garrabou y el grupo de investigadores que se implicó con él en el empeño de construir esta disciplina, pueden ser de un gran valor para reconsiderar esas vertientes negativas, en el plano medioambiental, por ejemplo, y proponer alternativas más equilibradas y respetuosas tomando como referencia y contraste las que practicaban las sociedades campesinas en el pasado. Los autores del libro tienen en común su afinidad con Garrabou, cuyas inquietudes en cuanto al enfoque de ese pasado agraria han compartido y que en algunos casos, siguen contando con su ayuda en sus investigaciones.

La obra se organiza en tres grandes apartados, de los que el primero consistiría en el estudio de la sociedad campesina desde la Edad Media a la situación actual; el segundo, en el análisis de cuatro modelos regionales (incluyendo aquí a Italia), de cambio agrario, y el tercero, en la vertiente medioambiental del crecimiento agrario que, como recuerda Robledo, se ha convertido recientemente en el centro principal de las investigaciones

---

- Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros, n.º 230, 2011 (197-222).

de Ramón Garrabou. El primer apartado, que viene titulado en el libro como «Evolución de la sociedad campesina: ¿el fin de una época?», se abre con un trabajo de Isabel Alfonso que evidencia los notables cambios que ha experimentado esta disciplina ya que, abordando una cuestión como la de la resistencia campesina contra el diezmo en la Edad Media, en la zona septentrional de Castilla, la autora, sin rebajar o cuestionar el componente antiseñorial de este tipo de acciones, se preocupa también de estudiar la dimensión religiosa de las mismas o, para decirlo en sus propias palabras, «la imbricación práctica que la religión –y sus elementos institucionales–, tenía en sus vidas». Este tipo de acciones, que estudia sobre todo por medio de documentación del monasterio burgalés de Santa María de Oña estarían relacionadas no solo con la naturaleza de los bienes disputados, en donde relucen los aspectos más crudamente materiales de la religiosidad medieval, sino también con las concepciones y prácticas piadosas de sus fieles que aportarían elementos claves de lo que la autora define como su cultura política.

Ángel García Sanz, cuyas contribuciones al desarrollo de la historia agraria en España son incuestionables, firma un trabajo más clásico buscando cuantificar y detallar a una escala microeconómica –la Tierra de Sepúlveda, poblada por unos 3.000 vecinos en el siglo XVI–, la pobreza y explotación extremas de la población rural castellana, justamente en la etapa en que la proyección imperial de la monarquía hispana alcanzó su punto culminante. Una situación miserable (que García Sanz estudia a través de las limosnas y ayudas concedidas por un hospital), debida a la exagerada carga fiscal que recaía sobre los vecinos *pecheros*, que abocó al «desfallecimiento» de la villa y a la pérdida de población, una tributación que como se demuestra aquí era más onerosa por el lado eclesiástico que por el de la Real Hacienda, y que tenía como efecto la escasa cuantía de trigo per cápita que, una vez realizada esas detracciones, le quedaba a los vecinos.

La evolución de la sociedad rural española –o, quizás mejor, de las sociedades rurales, de las «Españaes rurales»–, entre la crisis del Antiguo Régimen y la II República (1800-1931) es abordada en el trabajo firmado por Domingo Gallego, Iñaki Iriarte y José Miguel Lana, partiendo del supuesto de que la historiografía sobre la implantación del capitalismo en el sector agrario ha descuidado a menudo, o dejado de lado a las sociedades sobre las que estaban repercutiendo dichos cambios, siendo así que, desde su perspectiva, la intensidad y generalidad de los lazos vecinales e interfamiliares fueron claves en la mejora de las capacidades campesinas para abordar cuestiones de tanta trascendencia como la administración de los recursos

naturales, la negociación política, el cambio técnico, la organización de los procesos migratorios, entre otras. Una vía fundamental para sopesar esa otra vertiente menos conocida, consistiría en analizar el papel que lo colectivo y lo comunal habrían tenido en el desarrollo del capitalismo en el campo español. Y en ese sentido, por ejemplo, cuestiones aparentemente sentenciadas por la historiografía, como la de los perniciosos efectos de la política del Estado liberal sobre los montes públicos, se advierte aquí que se graduaron de un modo sensiblemente diferente en función de las características concretas de las sociedades rurales sobre las que se aplicaron, y que hubo zonas en que dichas comunidades pudieron evitar las privatizaciones o moderar sus efectos desequilibradores. Sin entrar en otros detalles, el trabajo es muy estimulante y permite advertir bien de qué modo la historia agraria está dando la vuelta a interpretaciones largo tiempo asentadas.

El coordinador de este volumen, Ricardo Robledo se ocupa del periodo 1931-1939 en un trabajo que titula como «El fin de la cuestión agraria en España», una problemática cuyas primeras muestras habrían aflorado con los repartos de tierras concejiles por el reformismo carolino, en el siglo XVIII, y que ahora alcanzarían, en la década de 1930, su clímax, pero también su final. Lo cierto es que el balance que hace el autor, después de una ponderación muy meticulosa de los pros y los contras de la reforma republicana, desde una lógica económica sobre todo, pero sin obviar el lado social o sociopolítico, es positivo, ya que, a su juicio, la propuesta de parcelación e intensificación de la reforma fue coherente en términos económicos, ya que aspiraba a corregir la desigualdad de la renta y los bajos niveles de vida. Y aún representando una solución coyuntural, a más largo plazo era también correcta pues pretendía potenciar una sociedad sin grandes desequilibrios sociales o, planteado de otro modo, una «equidad productiva». La reforma buscaba compatibilizar la democracia con la satisfacción de las necesidades de los más pobres y en este sentido Robledo finaliza su artículo contraponiéndola a la catástrofe social y económica que supuso el primer franquismo.

Josep Fontana se adentra en la época más actual, abordando desde la perspectiva de la historia agraria la reciente crisis económica ya que, si bien es mejor conocida en el plano de los desórdenes financieros que ha producido, no es menos cierto que se ha solapado con una profunda crisis en la producción de alimentos que el autor pone en relación, en parte, con el *agro-imperialismo* que se está imponiendo y justificando (caso del economista Paul Collier), en términos de una supuesta racionalidad

económica frente a la agricultura campesina y a los usos comunales de la tierra. Justamente, en relación con ese aparente desnivel, el autor aduce una serie de ejemplos que, antes al contrario, permitirían advertir que la racionalidad cabe situarla mucho más del lado de la pequeña explotación y de la gestión colectiva de los recursos.

El segundo apartado de este libro se ocupa de los distintos modelos territoriales del cambio rural en el mundo agrario español y europeo contemporáneo (aunque arrancando en varios casos de la segunda mitad del siglo XVIII). Los estudios españoles son, en todos los casos, de carácter colectivo, se enmarcan en diversos proyectos de investigación, y todos ellos tienen en común poner en resalte el papel del campesinado en la materialización de vías diferenciadas de cambio y modernización agrarias, despojándole del sambenito de haber sido en buena medida el responsable del atraso en este sector, por su conservadurismo técnico, lo cual no deja de constituir una de las líneas argumentales más destacadas de este libro, y una de las preocupaciones constantes de Garrabou. Es verdad que en algunos casos se aprecia un énfasis quizás un poco voluntarista en subrayar los rasgos originales, diferenciados, de los modelos propuestos.

El primero de los estudios se refiere a la agricultura catalana, y lo suscriben R. Congost, J. Planas, E. Saguer y E. Vicedo. Se proponen, y, ciertamente se puede decir que lo logran a través de una exposición muy ponderada y convincente, mostrar cómo en ciertas líneas básicas de transformación de la agricultura catalana, como la expansión vitícola anterior a la filoxera en el marco de una economía todavía orgánica, o en la expansión ganadera posterior a la crisis finisecular, los pequeños propietarios, *rabassaires*, *masovers*, que cultivaban directamente la tierra aplicando una racionalidad ambiental, social o tecnológica, aunque no exactamente empresarial, contaron con un papel prioritario, mucho más importante del que hasta ahora se les había atribuido.

Por su parte, Salvador Calatayud y Jesús Millán se refieren al caso valenciano, que en su momento atrajo tanto la atención del propio Garrabou. Un ejemplo, además, sobre el que pesaban los enfoques que hacían hincapié en una alta feudalización como origen y como paradigma del atraso de la agricultura valenciana. Los autores, no obstante, desarrollan una argumentación muy matizada a través de la cual, por ejemplo, se advierte cómo, a partir de la desamortización de Godoy, son comerciantes, labradores y artesanos acomodados los que toman la iniciativa en las compras o como, a pesar de la importancia del arrendamiento, ciertos sectores del campesinado dispusieron de más recursos y de una propensión más favorable a orientar

la producción agraria. El tomar tierras en arriendo, por otro lado, estaba al alcance de sectores que en otros territorios peninsulares se clasificarían directamente entre los desposeídos, sin ningún tipo de perspectivas.

El caso gallego es abordado en un trabajo suscrito por L. Fernández Prieto y D. Soto Fernández que parten de la constatación –común con otros trabajos, pero que en éste se subraya quizás más–, de que la complejidad y diversidad de las agriculturas peninsulares ha sido una de las evidencias que han aflorado en el desarrollo reciente de la historia agraria. Y desde esa comprobación se proponen mostrar las diferencias de la agricultura atlántica en el marco peninsular, pero también los elementos en común debidos a la acción de los organismos estatales. El trabajo es muy ambicioso y complejo, desmiente algunos juicios muy asentados sobre el sector agrario regional y supone una reivindicación en toda regla del papel del campesinado en la introducción de innovaciones que permitieron elevar la productividad de la tierra, y profundizar en la orientación ganadera por medio de mejoras en el ganado vacuno, aunque todo ello, gracias también a un fructífero intercambio con los técnicos de la administración del Estado. Sin olvidar toda una serie de derivaciones sociales, como la culminación del largo proceso de redención foral y el logro, por tanto, de la plena propiedad, el éxodo rural, que aquí es también reexaminado; o políticas –desmintiendo la supuesta apatía del campesinado–, que remitirían a una clave común: el tránsito, a raíz de la crisis finisecular, de una agricultura orgánica a otra industrial.

El trabajo de Franco Cazzola está centrado sobre Italia, pero el autor efectúa una reflexión de mucho más calado sobre los cambios tan considerables que ha experimentado el mundo campesino europeo formado por pequeñas explotaciones, llevadas por cultivadores directos, que aún perdura en las áreas oriental y mediterránea, pero en un proceso en que está teniendo lugar, ya desde hace décadas, una clarísima disminución. El caso italiano es interesante pues a pesar de esa reducción –también, de la superficie agrícola útil, por la expansión difusa de la industria–, el país sigue siendo mucho más campesino que otras sociedades europeas, habiéndose fortalecido enormemente en la segunda mitad del siglo XX la relación entre el cultivador y la tierra, de modo que casi se podría pensar en una derrota histórica del capitalismo agrario, diluyéndose de paso el histórico problema del campesinado sin tierra. Es significativo que, según los datos del Censo agrario de 2000, el 86% de las explotaciones italianas, cultivaba terrenos de su exclusiva propiedad, lo que denota unas transformaciones, no sólo económicas, sino también culturales y de

mentalidad que han marcado, en menos de medio siglo, el ocaso de una Italia campesina que el autor no puede menos de evocar con una profunda simpatía, concretamente la figura del aparcerero, creador y guardián del *bel paesaggio italiano*, históricamente expropiado de su tierra o del uso de los bienes comunales, pero al que la evolución reciente paradójicamente habría acabado haciéndole justicia. Las consideraciones finales que efectúa sobre como se ha ido destruyendo o aminorando la capacidad de la tierra de ser «fábrica de fertilidad» son un cierre magistral a esta excelente contribución.

La última parte del libro la inicia Jesús Sanz Fernández, antiguo compañero de fatigas de Garrabou en la edición de uno de los mejores volúmenes de la *Historia agraria de la España contemporánea*, con un trabajo, referido al territorio actual de Castilla y León (que amplía, en algunos casos a otras partes meridionales de la Meseta), que puede resultar sorprendente por la época a la que se remonta, el Holoceno, pero que, por lo que se verá, encaja bien en esta obra colectiva ya que busca rastrear los orígenes de los paisajes agrarios y vegetales, apoyándose en un enfoque innovador de la prehistoria, en la que los aspectos medioambientales y económicos ocupen el lugar que merecidamente les corresponde. El artículo es apasionante y a través de una depuración crítica de la literatura prehistórica sobre el neolítico meseteño, llega a conclusiones como que el neolítico sería mucho más antiguo de lo que se pensaba y que los primeros colonizadores llegaron a un territorio prácticamente vacío; que los paisajes adhesionados cabría hacerlos remontar a dicho periodo, en relación con cambios climáticos que favorecieron la expansión de las frondosas; la decantación del autor por la agricultura de rozas, basada en el fuego y los barbechos muy extensivos y en la movilidad de los pobladores motivada por la importancia de la ganadería, a la hora de explicar la dinámica económica que habría tenido lugar en este extenso periodo; y, en fin, que la Meseta no permaneció como un territorio aislado, pero sí progresivamente diferenciado de la evolución sociopolítica más compleja de las regiones meridionales.

Manuel González de Molina ofrece un estudio sobre crecimiento agrario y sostenibilidad de la agricultura española de los siglos XVIII y XIX que presenta como una reflexión personal, a modo de tributo al trabajo conjunto desarrollado con Garrabou. Se trataría de un ensayo en el que, a partir de algunos estudios de caso tomados de la realidad agraria andaluza, propone un modelo para comprender la dinámica de los sistemas agrarios de base orgánica hasta los inicios de su industrialización con la entrada en juego de los combustibles fósiles. El texto, brillante (aunque mejorable

desde el punto de vista del léxico empleado), perfila en primer término los rasgos básicos de los sistemas agrarios de base energética solar; llama la atención, refiriéndose ya a la segunda mitad del XVIII sobre el papel de factores como los demográficos, concretamente la disponibilidad de mano de obra, como condicionantes de la ampliación o contención del cultivo en las zonas cultivadas; pone en cuestión, apoyándose en lo que se conoce de algunos municipios andaluces (Baena, Montefrío, Castilleja), que el crecimiento agrario del siglo XIX fuera solamente extensivo y explica convincentemente el agotamiento del modelo, debido, entre otras razones, a que la reposición de la fertilidad se acabó erigiendo en el principal factor limitador de la producción agraria por lo que la salida a la crisis finisecular sólo fue posible tras superar la escasez estructural de fertilizantes.

Enric Tello, que ha colaborado estrechamente con Garrabou en sus últimas orientaciones hacia la historia ambiental o socioecológica aporta un estudio sobre la transformación histórica de los paisajes agrarios mediterráneos que obliga a replantear las bases epistemológicas de la historia agraria ya que se sitúa bajo el amparo de una nueva ciencia, la de la sostenibilidad, fruto del diálogo entre diversas ciencias de la naturaleza y de la sociedad, aunque adoptando, eso sí, una perspectiva histórica unificadora. El trabajo es muy denso, de lectura no fácil, en la que el autor, reivindicando la importancia de recuperar el estudio de los paisajes agrarios, devaluado por motivos relacionados con la ideología del desarrollo económico, llama la atención sobre la necesidad (y aquí entraría en juego la cultura emergente de la sostenibilidad), de una nueva historia de la interacción y evolución conjunta entre naturaleza y sociedad. El texto se adentra luego en explicar los resultados logrados, a partir de esos presupuestos innovadores, en un estudio de caso, la comarca catalana del Vallés, buscando ponderar la eficiencia energética de los sistemas agrarios que se habrían sucedido entre 1850 y 2000. De él se desprende el «desquiciamiento» territorial del sistema agrario posterior a la *revolución verde*, muy relacionado con el deterioro de su rendimiento energético como patentiza la descompensación aberrante de su balance en ese plano. Tiene razón, de todos modos, el autor al preguntarse (p. 381), si con esta entusiasta incursión en la ciencia de la sostenibilidad, no se estarán dejando de lado ciertos aspectos socioeconómicos que habían sido el objetivo central de la historia agraria, si bien en su respuesta busca tranquilizar al lector.

Finalmente, José Manuel Naredo, un viejo conocido y un referente de la historia agraria española, aporta un estudio, centrado en la Comunidad de Madrid, acerca de la relación entre la acentuada presión inmobiliaria de

esta última parte de nuestra historia y la destrucción de sistemas agrarios y suelos de calidad. Es lástima, no obstante que en diferentes partes del estudio se remita a un anexo de mapas municipales que luego no se ha incorporado en realidad (y que quizás sí figuraba en otro con el que se conecta este estudio, coordinado por el propio Naredo y García-Zaldívar). Pese a esta carencia, el estudio resulta muy esclarecedor acerca de la voracidad en cuanto al consumo de suelo agrícola (con diferentes niveles en relación a los tipos de suelo, que el autor pondera muy bien, por parte de un urbanismo incontenible, pero también, respecto de la desorganización de los sistemas agrarios preexistentes y el abandono de cultivos y aprovechamientos que se fueron transformando en eriales improductivos (es importante la categoría de «suelo no ocupado», que sería la antesala del suelo en promoción). El artículo posee además una vertiente metodológica a resaltar, ofreciéndose como un valioso modelo a aplicar para el estudio de dinámicas parecidas a la sobrevenida en la Comunidad de Madrid.

RAFAEL SERRANO GARCÍA

Instituto de Historia Simancas (Universidad de Valladolid)

DIVERSOS AUTORES, *Història agrària dels Països Catalans. Volum I. Antiguitat*. Director: Emili Giralt i Raventós. Coordinador: Josep M. Salrach. Coordinador del volumen: Josep Guitart i Duran. Barcelona, Universidad de Barcelona, 2005. 585 págs.

Este libro explica el origen de realidades históricas que han permanecido vivas durante muchos siglos en los países de lengua y cultura catalanas. Se hace difícil entender el mundo agrario catalán (término que usaré en adelante para no verme obligado a decir una y otra vez catalán, mallorquín, valenciano y rosellonés) sin conocer cómo se forjó en el largo período que va del Neolítico al siglo VII de NE (nuestra era). Sin olvidarnos tampoco de períodos todavía más lejanos.

Todo lo que sucedió en el campo catalán, hasta el siglo XVIII, está no sólo en germen, sino en avanzado estado de configuración durante el período al que me he referido. La Cataluña estricta ha sido un país eminentemente agrícola hasta la revolución industrial. Y otras regiones de las que se ocupa el libro hasta mucho más tarde. Por otra parte, el mundo agrario, que en sus aspectos fundamentales se configuró en los siglos estudiados en este volumen, no experimentó transformaciones técnicas importantes hasta el XVIII. Esta pervivencia ha sido, si cabe, más intensa todavía en Valencia, Mallorca y el Rosellón que en el Principado.